





ENTRE MARES

María Gil Molinos

Platero
COOLBOOKS 

Título: Entre mares

Primera edición: marzo, 2025

Segunda edición: septiembre, 2025

© 2025, del texto María Gil Molinos.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2078-2025

ISBN: 978-84-10062-94-8

A mi niña interior, esa valiente pequeña soñadora que me ha enseñado que toda historia empieza en el corazón y ha venido a recordarme cuánta magia habita en ser uno mismo.



Índice

I.....	9
II.....	19
III.....	31
IV.....	41
V.....	47
VI.....	63
VII.....	69
VIII.....	79
IX.....	95
X.....	103
XI.....	107
XII.....	113
XIII.....	123
XIV.....	131
XV.....	137
EPÍLOGO.....	141
AGRADECIMIENTOS.....	149



I

Anuncié al conserje, mientras me sujetaba la puerta, al salir del edificio de oficinas en el que trabajaba, el mismo alegre y sonriente «voy a tomar un café» de todos los días, y caminé calle arriba con paso apurado, como si los poco más de veinte minutos que solía invertir en tal pócima fuesen claves para la supervivencia de los negocios a los que se dedicaba el grupo de empresas del cual era directora general de Recursos Humanos.

Dejé mi teléfono sobre la barra al llegar a la única cafetería cercana a mi despacho; un local discreto, apenas decorado que, a pesar de encontrarse en medio de una zona portuaria repleta de viejas naves industriales y calles descuidadas, resultaba muy acogedor. Ansiaba, como cada día, unos pocos minutos de evasión. Ese pequeño espacio de tiempo en soledad que anhelas poniendo como disculpa que tu cuerpo necesita un café, cuando en realidad sabes que quien está desvalido no es tu cuerpo, sino tu mente; y dejándola correr, observaba cualquier cosa que estuviese al alcance de mi vista sin ningún interés, más allá que el de arrinconar y mantener inmóviles los asuntos de trabajo que, valientes, habían osado acompañarme hasta allí.

Leo, el dueño, acababa de servirme, como cada mañana, un café con leche de avena sobre el que espolvoreaba «con estilo» una pizca de canela. Lo acompañaba con una galleta y dos trocitos de bizcocho casero, dispuesto todo de tal forma que semejaba engalanado para Instagram. Aún me sigo

preguntando si ese era su objetivo real, conseguir seguidores para la cafetería. Una no siempre llega a comprender cuáles son los propósitos camuflados en las acciones de los demás.

Medio sentada, medio de pie, con uno de mis tacones pisando con firmeza el suelo y el otro apoyado en la barra inferior del taburete al que, por más que lo intentaba, era incapaz de subirme con elegancia, dejaba volar mi imaginación tras los olores a café, canela y bizcocho recién horneado, «perdiendo el tiempo» como muestra de mi debilidad y poca profesionalidad y quién sabe cuántos adjetivos más ligados a la autoexigencia que se le suponía a una directiva como yo.

Al fondo, los tertulianos del programa de las mañanas mantenían conversaciones que, a juzgar por la efusividad de sus gestos, parecían ser apasionantes, pero que, por suerte, habían sido silenciadas, permitiendo que, en la radio, hilo musical o lo que fuera, sonase IZAL, *La mujer de verde*.

Sonreí vagamente al recordar, con tristeza, cómo aquella noche la habíamos escuchado en bucle, intentando llegar a un acuerdo mutuo sobre lo que escondía tras su letra, buscándole un sentido; la importancia de encontrar la felicidad en lo cotidiano y permitirse ser vulnerable, imperfecto, en vez de exigirse ser un superhéroe todo el tiempo, aceptando los desafíos de la vida.

Habíamos permanecido durante horas a la mesa después de cenar, con música de fondo como testigo efímero, hablando de todo o casi todo, de lo vivido y lo anhelado, compartiendo recuerdos y también sueños, acompañados de una botella de vino, o seguramente de más de una, a juzgar por la profundidad hasta la que habíamos buceado para encontrar las vivencias que llegamos a compartir, algunas casi olvidadas.

Removía mi café, involuntariamente, absorta en aquellos recuerdos, que parecían haberse generado hacía más de mil años, entre triste y resignada, consciente de que nada de

aquello volvería nunca más, a pesar de desearlo con todas mis fuerzas, y en un intento de evitar que una lágrima arruinase mi discreto maquillaje, volví a sonreír disimuladamente con el propósito de engañar a mi cerebro; ya se sabe, este es incapaz de distinguir entre realidad y pensamiento. Cuando me disponía a sacar mi tarjeta para pagar a Leo, escuché el sonido que tenía definido para sus WhatsApp y que llevaba meses sin escuchar. Sin respirar y obviando cómo se encogía mi estómago, agarré el teléfono para confirmar que había recibido un mensaje suyo.

—Gracias. Me quedaría aquí a ayudarte, ¿lo sabes! — casi grité a Leo sonriendo en cuanto el pitido del datáfono indicó que el pago era correcto, y abandoné la cafetería, nerviosa y alterada por las ganas de saber qué me había escrito.

Bajando la calle, vi que se trataba de un enlace a una noticia de *La Voz de Galicia*. Nada más. No había escrito ni una palabra después de más de tres meses sin saber nada de él. Me moría de ganas de ver el contenido, sin embargo, decidí esperar a llegar a la oficina para abrirlo, otorgando al destino la oportunidad de convertirlo en uno dirigido a mí especialmente, y no en uno enviado de forma genérica a todos sus contactos.

Una foto suya encabezaba el artículo, sonriendo, mirándome, mirando al mundo, de pie, apoyado sobre sus brazos tras la barra del restaurante, rodeado de todos los objetos que habíamos elegido meses atrás, dispuestos en las estanterías de cristal que nosotros mismos habíamos atornillado a la pared sobre el papel dibujado con platos de loza antigua en amarillos, ocres y azules; «Un nuevo alojamiento turístico con encanto en la costa Ártabra».

En otra fotografía, tomada desde el salón, se divisaban las mesas del comedor a través del cristal, con la misma disposición que ambos habíamos decidido aquel sábado, como broche final a un día repleto de faenas, risas y confidencias, y tras ellas la isla y el mar.

Al pie de la noticia, otra fotografía recogía la majestuosa escalinata de barrotes blancos que yo misma había pintado entre risas y sudor y, a su derecha, el sofá de palisandro que tantas noches había hecho las veces de testigo de la infinidad de planes que los dos, bajo la manta, ideábamos al tiempo que desnudábamos nuestro pasado.

«Se ultima la apertura del alojamiento y restaurante sobre la playa de Mares, a medio camino entre ilusión y nervios, una experiencia con alma y encanto en la costa. Sus habitaciones, su aire setentero y su restaurante de cocina de proximidad serán un lugar con sabor a salitre para disfrutar de la tranquilidad, la naturaleza y la gastronomía».

Era su sueño; el mismo que durante meses había compartido conmigo.

El mismo por el que llegué a sentir que sería capaz de cambiar mi vida entera para vivirlo y compartirlo con él.

* * * * *

Hace poco más de un año viajé a Mallorca; necesitaba un cambio de aires, o sencillamente parar para sobrevivir. El nivel de exigencia de mi posición estaba a punto de superar los límites que podía considerar abarcables, y sabía que, con mi amiga Rouss, y en la ciudad que la adoptó hace ya más de ocho años, esos momentos de diversión y desconexión que buscaba estarían garantizados. Serían días de «nada que hacer, nada que pensar, solo estar» que, según el doctor Carmelo, mi médico de toda la vida, serían la mejor medicina conocida en el mundo, capaz de evitar mi muerte temprana por fallo cardíaco. «Si tú no te paras te parará el cuerpo», sentenciaba, mientras me acompañaba a la puerta, todas las veces que salía de su consulta sin haber conseguido la receta de las tan ansiadas pastillas antiestrés que le proponía como solución definitiva a todos mis males.

Nos dejaríamos mecer por la vida, disfrutando de las

increíbles playas de la isla y de largas conversaciones acompañadas de una copa de buen vino, o no tan bueno, que ocurrirían sobre «la vida en general y nada en particular», como nos gustaba decir al unísono, en medio de risas, cuando caíamos en la cuenta de que el pasado no se repite y el futuro es del todo incierto, por lo que dar demasiadas vueltas a las cosas es tontería.

Brindaríamos interpretando una especie de exaltación de la amistad y gritaríamos al mundo la suerte de tenernos, convirtiendo aquellos momentos en un tratamiento mucho más efectivo que cualquier sesión con el mejor psicólogo y, por supuesto, cien veces más barato.

A los tres días de mi llegada, bajamos en autobús hasta Cala Comtessa, en la zona de Illetas. Un paraíso, al igual que todos los rincones que esconde la isla, otorgando a ese término el don de provocar la envidia de muchos otros lugares del mundo. Comimos en el chiringuito de la playa con los pies descalzos sobre la arena y después descansamos bajo el sol el vermut y las dos cañas que cada una se «esforzó» en beber, sabiendo lo importante que era para la supervivencia de nuestras células mantener un buen nivel de hidratación. Hablamos de la vida durante toda la tarde; Rouss y yo, a pesar de venir de familias muy diferentes y haber vivido aventuras muy dispares, habíamos congeniado perfectamente. «Lo importante es estar bien», repetíamos a modo de mantra cada vez que queríamos liberarnos de toda responsabilidad cuando, en cantidad significativamente destacable, nuestras decisiones no resultaban las más acertadas.

El plan inicial de pasar por casa antes de la cena lo derogamos en cuanto empezó a bajar el sol y el horizonte se volvió un lienzo teñido de rojo, con pinceladas en amarillo, naranja y rosa. No podíamos más que agradecer aquel regalo, así que, después de permanecer durante un buen rato sentadas en silencio, admirando, grabando en nuestros recuerdos aquel momento, nos sacudimos las arenas con ímpetu

e intentamos, sin mucho éxito, adecentar nuestro pelo, para salir de nuevo en autobús directamente hacia Palma, donde habíamos quedado con Geni, amiga de Rouss y a la que ya conocía de viajes anteriores.

Ya en la ciudad devoramos, entre conversaciones banales y risas, la mejor pizza que recuerdo haber comido nunca, y tras regarla con un excelente *limoncello*, como remedio absolutamente necesario para garantizar un buen proceso digestivo, como decía Rouss, nos permitieron, a pesar de nuestra indumentaria, entrar en el *pub* al que nos arrastró Geni, después de convencernos, tarea nada difícil, de que acostarse con el estómago lleno era dañino para la salud.

A aquellas horas de la noche y después de haber pasado un día entero en la playa, mi melena rubia y rizada parecía haberse peleado con un ejército de langostas y el vestuario de Rouss podría hacer creer que había llegado la mismísima Cyndi Lauper lista para interpretar *Girls Just Want to Have Fun*. Siempre había admirado la forma en que Rouss era capaz de mostrar su propia identidad a través de su atuendo, y al mismo tiempo verse elegante; si yo fuese vestida como ella parecería el personaje de algún anuncio de galletas. Su pelo corto color violeta, sus cuñas de esparto amarillas a juego con las pequeñas flores sobre el verde chillón de su vestido acabado en varias capas de tul y su cinturón rosa, contrastaban con el negro de mi camiseta, pantalón corto y sandalias flip-flop de piel, a todas luces un atuendo mucho más elegante. Rouss me quitaba más de media cabeza, sobre mi poco más de metro y medio de estatura, así que había decidido que la elegancia no era cuestión de atuendo, sino de altura.

Al fondo del local, sobre un pequeño escenario, tocaban unos viejos rockeros, o quizás no eran tan viejos y su aspecto se debía a otras cuestiones que nada tienen que ver con la edad, sino con la forma en que quieres hacer el viaje hasta llegar al final de tu vida. Cervezas en mano, nos dejamos

llevar por la música. Cantamos aquellas conocidas letras, algunas de ellas compañeras de vida, aunque más bien las tarareamos en un dialecto mucho más parecido al árabe que al inglés, y saltamos y nos movimos como poseídas por algún ente diabólico. Eran pocas las veces en las que me dejaba llevar por la música en público y aquella era una de ellas. Música, cerveza y risas, sin rastro de mi compostura habitual.

En uno de estos saltos, sobre los cuales había otorgado casi todo el control al alcohol, perdí el equilibrio y, a punto de caer, sentí cómo unos brazos me sujetaban con firmeza de la cintura impidiendo que acabase en el suelo. Alcé la vista al tiempo que, haciendo uso de mi refinada educación, pedía perdón repetidamente y así fue como, por primera vez, le vi, a unos pocos centímetros, con su mirada clavada en mí.

Unos cuarenta y cinco años, bastante más alto que yo y, algo más que evidente, de espalda ancha y brazos fuertes. De tez morena, en la que destacaban unos brillantes ojos marrones y cabello negro hasta los hombros. En su mejilla izquierda, un pequeño lunar a modo juguetón suavizaba un semblante serio, al tiempo que el pantalón de lino claro y la camisa blanca remangada hasta los codos le daban un aire desenfadado.

—No tienes que disculparte.

—Gracias, de todas formas...

—Por supuesto, ahora estás en deuda conmigo, y deberías dejar que esta noche sea... —Se detuvo, fingiendo dudar un par de segundos, examinándose con un evidente regocijo... y descaro—. ¿Eres más de reyes o de príncipes?

«Menudo presuntuoso», pensé.

—¿Príncipes? Eso es lo último, por favor. Nunca me he conformado con menos que un rey. —Supongo que eran las cervezas, en parte, las que hablaban. O eso me dije en aquel momento.

—¡Vaya! Esta es tu noche. Alejandro Rey, encantado... —Sonrió, me sonrió, no apartó la mirada, me tendió la mano con la confianza que su apellido prometía... y en aquel momento supe que me había ganado.

Murmuré mi nombre devolviéndole la sonrisa, algo incómoda, pero menos de lo que cabría esperar. Y, desde luego, dejando cualquier atisbo de timidez de lado. Ninguna de las dos posturas era habitual en mí. Intenté separarme presionando con mi mano sobre su pecho, pero antes de que pudiera conseguirlo, la sujetó con fuerza y, tras besar mis mejillas, a modo de complemento a su presentación, se giró para pedir dos cervezas. Sin mirarme, esperó a que las sirviesen y, una vez las sujetó en una mano, sin soltar mi cintura, me invitó a seguirle hasta una esquina del local.

Durante el resto de la noche descubrí que Alejandro Rey era gallego, del norte; había venido a Mallorca en búsqueda de vinos diferentes para incluir en la carta del restaurante del hotel que estaba construyendo. Una carta especial, un hotel especial. Juro que no sé cómo ni de qué manera, pero en apenas unos minutos, o al menos así me lo pareció, nos hablábamos al oído de vinos, del mar, del destino y las casualidades, de mis ojos, de su pasado y también de mi futuro... y de nuestros sueños. No fui consciente de que habían pasado más de tres horas hasta que llegaron Geni y Rouss a pedirme que nos fuésemos. Sin decirnos nada más, manteniendo la mirada por unos segundos, nos despedimos con un abrazo. Sentí que no era un adiós, a pesar de estar convencida de que nunca volvería a verle.

Al día siguiente, Rouss y yo turisteamos por la ciudad; era mi último día en la isla así que teníamos que apurar cada segundo y atesorar los últimos momentos para el registro de nuestras vidas. Nos sacamos fotos en el restaurante mexicano en el que comimos, «ahora una brindando, ahora una de guapas», nos decíamos atropelladamente haciendo muecas, obviando al resto de comensales a los que en algún momento

por el rabillo del ojo vi disimular su sonrisa. Hicimos algunas compras en la zona antigua, nos probamos todos los sombreros que encontramos a la venta y, por supuesto, nos hicimos con el mismo pareo de playa como recuerdo, para terminar, cenando en casa y brindando por nosotras con la última botella de vino decente que nos quedaba.

Me acosté pensando en Alejandro. Alguien que construía su propio sueño, en este caso un hotelito sobre el mar. Me había dado tantos detalles que podía imaginarlo, visualizarlo. Y así, repasando cada palabra, cada historia, cada gesto, cada sensación, me dormí para volar de regreso muy temprano.

* * * * *

Tocaba aterrizar en el mundo real, deshacer la maleta y poner la lavadora. Al fin y al cabo, aquella ropa de verano no la necesitaría hasta dentro de unos meses. «Galicia no es Mallorca», me dije con resignación. Ese conformismo fingido que en realidad esconde un poco de miedo. Realmente, podría mudarme a cualquier ciudad del mundo, solo tendría que ampliar mis horizontes profesionales un poquito más allá de mi zona de confort.

Fue revisando los bolsillos para evitar que un pañuelo de papel arruinara toda la colada, cuando la encontré; «Alejandro Rey, hostelero desde 1998». Había dejado su tarjeta en un bolsillo trasero de mis pantalones. Sin apartar la vista de aquel diminuto papel, totalmente perpleja, recordé sus palabras. «Muy pronto, cenaremos en mi hotel y verás la puesta de sol más maravillosa que hayas visto jamás».

Sentada ya sobre la cama, con el teléfono en una mano y en la otra la tarjeta, grabé su número, sin dejar de decirme que escribirle o llamarle sería una locura. Y más aún visitarle. ¿Cómo podía estar pensando en ir a verle? No sabía quién era, solo habíamos hablado una noche, no sabía nada

de su vida. Recorrer doscientos kilómetros para encontrarme con un total desconocido. No, no, no. Ni de coña.

Por supuesto, pensé también en llamar a Rouss para contárselo, pero nadie en su sano juicio me animaría a hacer algo así. Ni siquiera mi amiga Carmen, que ya estaba más que acostumbrada a mis locuras.

«¿Qué es lo peor que puede pasar?».

Cómo no. Mi pregunta estrella, esa que traigo a relucir a modo de reto, cada vez que busco una justificación para hacer algo de dudosa coherencia.

Con cautela, como si estuviese cometiendo un delito, escribí un mensaje: «Ir me parece un riesgo, hacerlo sin saber la dirección, una locura». Y, dejando el teléfono sobre la mesita de noche, me dormí imaginando cómo podría ser la aventura del día siguiente. En mi cabeza planeé todos y cada uno de los pasos que daría para ver la puesta de sol en el norte.

A la mañana siguiente me desperté y, antes de pensar en ninguna otra cosa, eché la mano al móvil intentando mantener a raya la ilusión de una posible respuesta.

«Hace días que te espero, Mariela, estarás bien».

Y, debajo, una ubicación.

II

Mis amigas me llaman «Mariela la Lía». Si mi vida transcurre tranquila, sin sobresaltos, provoco algún cambio, siempre buscando nuevas emociones. Me he mudado siete veces y he cambiado de trabajo otras tantas. Me gusta empezar de nuevo, en un sitio diferente, y vivir con la sensación de que el futuro, además de ser incierto, también es una aventura.

Me dedico al mundo de los recursos humanos desde hace más de diez años. Siempre digo que me encanta mi profesión, pero la verdad es que ya no podría hacer otra cosa. Algunas veces fantaseo con montar una casita de turismo vacacional con vistas al mar, un pequeño hotelito donde recibir huéspedes de diferentes países a los que escuchar y mimar con pequeños detalles. Me veo elaborando jabones con aceites esenciales, haciendo saquitos de flores frescas de lavanda o preparando deliciosos desayunos con repostería casera.

«Un sueño, eso es. Ni más ni menos que un sueño».

Reflexionando sobre ese posible futuro de ensueño, llegué al puente que une A Coruña al resto de la Costa Ártabra. Conociéndome como me conozco, habría esperado algo más de inquietud, intranquilidad, algún tipo de latido acelerado. Nada. Cero, o casi cero. De alguna extraña manera, me sentía segura, con esa sensación de familiaridad que solo nos embarga cuando sentimos que conocemos a alguien desde siempre. Aun así, enviaría mi ubicación a

Carmen en un WhatsApp: «ubicación de la casa de Alejandro Rey, estoy muy bien, ya te contaré».

Siguiendo las indicaciones del navegador, dejé la autopista y accedí a una carretera secundaria, mucho más estrecha y con bastantes curvas. Discurría entre una ladera escarpada, en la que solo habitaban piedras sutilmente decoradas con escasa vegetación a modo de pequeñas manchas verdes, y el mar. Sin rastro de las islas Cíes en el horizonte, que impidieran apreciarlo en toda su inmensidad, parecía otro océano, totalmente diferente al que estaba acostumbrada. «Ha llegado a su destino», apuntó el navegador, rescatándome de mi estado de admiración. Detuve el coche justo al principio de un sendero de tierra que discurría entre dos pequeños muros revestidos de cemento gris de no más de ochenta centímetros de alto, justo delante de dos altos portones de madera de cedro abiertos y sujetos a dos columnas de piedra. Tenía que ser aquí, el lugar apartado frente al mar que había descrito. Siguiendo el camino que cada vez adquiría más pendiente, llegué a una explanada de pequeñas piedras blancas sobre la que descansaba una enorme casa de estilo indiano.

Detuve el coche definitivamente, y descendí al verle sonreír desde lo alto de la escalera de piedra que daba acceso a la casa.

—Sube, después te ayudo con tus cosas —me invitó, en un tono tan suave que mantuvo mis nervios a raya. Estaba contento. Satisfecho. Se le notaba.

«Ahora ya está», me dije, inspirando profundamente, eliminando totalmente cualquier otra opción posible que no fuese seguir adelante.

Al llegar a su lado me abrazó de tal manera y con tal intensidad que, cuando nos separamos, el temor a estar cometiendo una locura dio paso a una nueva seguridad. Aquella era, para mí al menos, una buena decisión.

—Ven, quiero que veas algo —casi susurró, cogiendo mi mano.

Atravesamos un salón, y lo que algún día sería el comedor del restaurante, y llegamos a una terraza desde la que pude contemplar un océano en apariencia sin fin, una playa natural y salvaje, enmarcada entre una pequeña isla a mi derecha, inaccesible por su elevación sobre el mar, y una cordillera de altos acantilados en extremo escarpados a la izquierda. Era tan abrumador el paisaje y lo que provocó en mí que, por un momento, dejé de ser consciente de su presencia; sentí como si hubiese llegado al lugar, que de una u otra manera siempre había buscado. Mi lugar en el mundo.

—¿Te gusta lo que ves? —le escuché decir, incapaz de calcular cuánto tiempo habíamos estado en silencio.

—Me lo había imaginado, pero no tan espectacular. Siempre he tenido una conexión especial con el mar. Y esta vista es increíble —le contesté, incapaz de apartar mis ojos de ella.

Me acercó una copa de vino tinto con la misma sonrisa que recordaba de aquella noche en Mallorca, y desde el primer peldaño de la escalera que partía hacia el jardín, me invitó a brindar buscando con su mirada la mía. De pequeños escalones de cemento y sin barandilla, descendía recta hasta las futuras terrazas del hotel, dos grandes semicírculos de tierra oscura, delimitados por espesas plantas de lavanda y algunas hortensias que se abrían camino hacia el fondo de la finca donde una impenetrable y asilvada duna les cortaba el paso a la playa.

—Este es mi paraíso —continuó, con la mirada perdida en el horizonte—. Aquí nací, no te voy a decir hace cuántos años —añadió en un tono cómplice ladeando su cabeza hacia mi oído—. Y ahora he vuelto para quedarme. Hace poco más de un año compré esta casa con la idea de convertirla en el hotel que siempre quise abrir en esta esquina del mundo. Bienvenida... —continuó en tono embaucador, y girando su cabeza hacia mí concluyó—, confío en que hoy te acostarás sabiendo que ha merecido la pena.

—Con acostarme pensando que no estoy loca por haber venido será suficiente para la primera noche —respondí a la «invitación», intentado ocultar, sin éxito, lo nerviosa que estaba.

—No podrías, no podríamos estar en ningún otro lugar.

—Solo he venido por tu promesa de que veríamos la más increíble puesta de sol de mi vida. —Con una sonrisa y un guiño añadí—. Hasta ahora, no me siento defraudada.

—Nunca voy a defraudarte —sentenció mirándome a los ojos. Su mirada se había nublado. Algo, algo desconocido, había en aquella posibilidad. La idea de defraudarme, de defraudar a alguien, a los demás, al mundo quizás, parecía esconderse tras aquella bruma en su mirada.

Sonreí melancólica, sabiendo que no era más que una afirmación vacía; me defraudaría, o lo haría yo, porque *nunca* es demasiado tiempo. Pero ahora estaba allí, y apartando aquellos pensamientos que solo la experiencia puede provocar, le pedí que me mostrase la casa. Por supuesto, él lo estaba deseando.

Le acompañé hasta una cocina iluminada por el sol tardío. Un largo ventanal sobre muebles metálicos, de los que se instalan en grandes cocinas industriales, dejaba entrever el mar batiéndose contra los acantilados. Desde allí, cruzando de nuevo el futuro comedor del restaurante, todavía sin amueblar y con tablas en el techo, llegamos a un amplio espacio diáfano, amueblado con un sofá de palisandro a un lado, tapizado con una tela de grandes figuras geométricas en negro y beige, a los pies de una pequeña mesa ovalada de cristal, y al otro, una mesa alargada y robusta, de madera maciza con seis sillas antiguas de forja y piel; un espacio acogedor que bien podría hacer las veces de recepción del hotel y de salón de tertulias. Enfrente, justo en la mitad de la estancia, arrancaba una escalinata al estilo de la del Teatro Colón; sus peldaños de mármol blanco dispuestos entre anchos barrotes ornamentados con líneas curvas daban acceso

a las dos plantas superiores de la casa. En cada una de ellas entramos y salimos de las que serían las nueve habitaciones del hotel, todavía lóbregas, con sus nueve cuartos de baño en los que destacaban grandes azulejos pintados a pinceladas azules, castañas y verdes, simulando las olas del mar en diferentes momentos del día.

A su habitación, que ocupaba todo el espacio bajo la cubierta del tejado, accedimos cruzando un pequeño pasillo entre un cuarto de baño a la derecha y un armario en la pared izquierda. Dos pequeños escalones de madera blanca bajaban hasta un espacio diáfano que solo albergaba una cama sin cabecero, que con tan solo una mesita redonda a cada lado era el único testigo, a través de un gran ventanal, del ondular de la marea. Aquel espacio apenas amueblado, invadido por la luz de la tarde y el sonido de las olas me atrapó de tal manera que no fui consciente del tiempo que pasé observando el mar a través del cristal, mientras Alejandro esperaba en silencio desde uno de los peldaños en el que se había sentado sin que me diese cuenta.

—Es fascinante... —murmuré al salir de la total desconexión en la que había caído, queriendo de algún modo justificarme y, sonriendo, esperé inmóvil a que se levantase.

Regresamos en silencio, y cuando solo faltaba un tramo de escalera para llegar de nuevo al salón, me detuve para tomar aire y darme unos segundos para grabarlo todo en mi retina.

—Estarás bien —susurró acariciando mi mejilla.

—Ya lo estoy —asentí, sonriendo. Y era totalmente cierto. Me sentía como pocas veces podía recordar.

—Quiero que veas la finca —dijo, al tiempo que cogía mi mano para guiarme hasta el vestíbulo por el cual había accedido a la casa.

Salimos, y siguiendo la misma escalera de piedra, esta vez hacia la derecha, llegamos a la piscina. Construida en un espacio separado del resto de la finca por un pequeño muro

de celosías blancas me trasladó, al menos en mi imaginación, a una de esas piscinas de los años setenta que David Hockney había inmortalizado en alguno de sus cuadros. Le seguí desde allí hasta la parte alta del terreno y, tras cruzar primero un pequeño jardín en el que un aloe gigante y dos hibiscos todavía sin flor eran protagonistas, y después un pequeño y sombrío bosque cubierto por las ramas espesas de los pinos, llegamos a una pequeña verja pintada de rojo que fácilmente abrimos para continuar en silencio, uno tras otro, por un estrecho sendero de tierra que llegaba hasta la isla bordeando el acantilado. Gracias a la marea baja pudimos acceder a la escalera que sorteaba las altas paredes de la isla y adentrarnos en ella a través de un pequeño camino que discurría entre hierba alta hasta llegar a la ermita. Era una pequeña construcción de paredes de piedra gris y un tejado de tejas comidas por el paso del tiempo. Imperturbable, parecía haber firmado un pacto de no agresión con el mar, que a pesar de la furia con la que golpeaba las altas paredes de la isla, sobre ella solo dejaba caer algunas salpicaduras que rezumaban a sal.

—Esta isla es mi lugar favorito del mundo. *Nunca me iré de aquí.*

No podría decir cuánto tiempo permanecemos allí, en silencio, uno al lado del otro, sin tocarnos, con la vista perdida en la nada, sintiendo, yo al menos, que formábamos parte de aquel lugar. Fue entonces cuando lo supe. Yo también quería que fuese mi lugar favorito en el mundo. Permití que me abrazase durante unos minutos, en absoluto silencio, frente al mar, con la ermita como único testigo y, sin articular palabra ni siquiera mirarnos, emprendimos el camino de regreso a la casa.

Lo que podría identificarse como un silencio incómodo; al fin y al cabo, éramos dos desconocidos en un lugar totalmente nuevo para mí; se había convertido en un refugio, en el lugar donde mi yo de verdad podía asomar sin

necesidad de fingir ni justificar; tan solo unos kilómetros y unas pocas horas para encontrarme con un extraño. Y, en cambio, sentía que en aquel lugar lo más desconocido para mí era yo misma.

—¿Eso es el garaje? —pregunté, al llegar a la explanada frente a la casa, señalando un portal blanco que parecía dar acceso al sótano de la vivienda, en un intento de recomponerme—. ¿Debería guardar mi coche?

—A esa parte de la casa no he decidido aún qué uso darle. Tal vez un pequeño *spa* al que acceder desde el salón de la casa por la puerta de forja verde que ya viste, pero aún no está habilitada y el techo todavía está sujeto con puntales. De momento, y hasta que lo tenga claro, el acceso está vedado. *Para todo el mundo*.

Las cuatro últimas palabras surgieron de sus labios en un tono seco y directo, hasta diría que un poco inquietante. Debí notar enseguida mi incomodidad, y una sonrisa cautivadora asomó en su rostro.

—Vamos, te ayudo con tu equipaje.

Nunca olvidaré aquella primera noche; sentados en la escalera de la terraza, frente al mar, en silencio, contemplamos la puesta de sol más colorida, intensa y apasionada que habría podido imaginar.

Como ninguna antes y, de momento, ninguna después.

Cocinó mientras yo disfrutaba de una copa de vino sentada en un taburete de la cocina, viendo cómo sus dedos manejaban alimentos y utensilios como si tocara las teclas de un piano. Encontró un momento para disponer unos tacos de queso acompañados de picos de pan, que agradecí enormemente, ya que minimizarían los efectos del vino, garantizando que pudiese llegar a la mesa caminando sin ayuda y hasta con un mínimo de elegancia. Cenamos con música de Ludovico de fondo, sin prisa, acompañados de algunas copas más de vino y nos continuamos conociendo a través de las historias de nuestro pasado. Alejandro las contaba en

tono épico con mucho entusiasmo y yo con mi gracia y mi claridad habituales. Cuando fuimos conscientes de que el sueño se adueñaba de nosotros, decidimos irnos a dormir y, a tan solo un paso detrás de él, le seguí escaleras arriba hasta su habitación. En completo silencio y a un lado de la cama se soltó el pelo y se desnudó completamente; la posible vergüenza que creí sentir al verle así se esfumó totalmente en cuanto nos deslizamos bajo las sábanas y, abrazándome con firmeza, de forma que no quedase ningún espacio entre los dos, acomodó mi cara sobre su pecho y me besó sutilmente en la cabeza. Inmóviles, sin más sonido que el ir y venir del mar, me quedé dormida.

* * * * *

A la mañana siguiente, pude observarle en silencio mientras dormía. Con mi cabeza recostada sobre la almohada y mi cuerpo ladeado, acaricié su pecho casi sin tocarle. Llegaba hasta nosotros, a través de la ventana, el romper de las olas. Una explosión de sonido que se repetía rítmicamente de forma relajante.

La luz del día asomaba, así que salí de la cama procurando no despertarle y, con una camiseta como única vestimenta, bajé descalza. Cogí un trozo de chocolate al pasar por la mesa en la que habíamos cenado la noche anterior y, desde la terraza, accedí al jardín sin poder ni querer apartar la vista del mar. A pesar del cielo despejado, aún se podía sentir el frescor del mes de abril; la hierba se intuía mojada y, por supuesto, el olor a salitre lo impregnaba todo. Tomé aire con los ojos cerrados.

«¿Qué estás haciendo?», me pregunté sin la más mínima intención de contestarme. Al fin y al cabo, me sentía viva, y así quería continuar. Decidí que disfrutaría de lo que quedaba del fin de semana y al día siguiente me despediría, seguramente para no regresar a algo que era demasiado perfecto.